

LA PERSECUCIÓN

Culpable de robo, de asesinato, de violación, de avaricia, de concupiscencia, de fratricidio, culpable de esto, de lo otro y de lo de más allá, y por encima de todo, culpable de ser indio. Al día siguiente lo colgarían, celebrarían una fiesta y se emborracharían con cerveza. Como escarnio, uno de los guardianes le sirvió mondongo a guisa de última cena. Esa noche, Lando fingió una indigestión, y cuando el vigilante acudió a su celda, lo estranguló con los mismos intestinos que le había servido. Fue cosa de un momento, como el paso rápido, fulgurante y silencioso de una sombra. Lando huyó y como compañeros de fuga se llevó a la noche y a un caballo robado. Poco después nueve hombres le perseguían armados hasta los dientes. Lo querían vivo o muerto por cierta suma y porque ningún jodido indio iba a burlarse de ellos. Así empezó la persecución. El indio se dirigió hacia las montañas, tal vez con la esperanza de despistarles entre tanta roca junta. Con un trotar de cascos se fue la noche y asomó el sol con su cuerpo de pus. Después de ganar altura a toda prisa, el huevo podrido que era mostróse despiadado con los jinetes. Mató a golpes de insolación a dos de los perseguidores, a dos de las monturas, e hizo desistir del empeño a otros dos. Perdonó a Lando, porque su piel oscura era obra de todos los soles del universo. Cinco hombres, pues, resistieron la presencia del matón de las alturas, protegidos por sombreros, protegidos por la suerte, y siguieron siguiendo. El uno, perseguido; los otros, persiguiendo. Lando llegó al pie de las rocas al mediodía y allí dejó descansar cinco minutos a sus

cincuenta años. Mientras recuperaba el aliento, se le murió el caballo. Ahora ya no le servía, pero le había salvado la vida. El piel roja se lo agradeció con un parpadeo. No había tiempo para más, que allá a lo lejos se vislumbraba la nube de polvo que levantaban sus perseguidores. Lando respiró hondo y se metió por el laberinto de piedras que subía hacia arriba con premeditación de montaña. También vieron las piedras llegar a los seis jinetes, abandonar sus monturas y meterse entre ellas como si fueran antiguos conocidos. Pasillos de rocas que suben y bajan, que bajan y suben, con la irregularidad propia de la materia. Lando fue acorralado dos veces. La primera en un risco al pie del abismo. El indio, que no era una cabra montaraz, se portó como si lo fuera y dando brincos fue eludiendo las balas que preguntaban por su cuerpo. Años y años de escaramuzas le habían enseñado a torear la muerte con serenidad. El plomo de un revólver le dejó, como recuerdo de su paso, un tatuaje rojizo en el hombro. La segunda vez, en un callejón sin salida. Sus perseguidores creyeron acabar con él. Lando se encogió detrás de una roca, prietos los labios y sobrecogido el corazón, y esperó a que pasara la tormenta de disparos. Aprovechando un silencio, el indio arrojó unos guijarros a un lado y engañando así a los tiros, que se fueron tras la muleta de los cantos, emprendió una carrera de yegua desbocada. Salvó la vida una vez más, pues sus perseguidores agotaron las municiones. Las municiones tan sólo, que su rabia seguía intacta y la persecución continuó de roca en roca. Uno de los blancos resbaló en una cornisa y lanzando un grito de horror y de despedida se citó con su propia muerte cincuenta metros más abajo. Otro, en busca de un atajo para alcanzar al indio, se topó con un puma. Peleó como un valiente, con las manos desnudas y murió sin proferir un lamento, agobiado por una lluvia de zarpazos. Tres hombres fueron en pos

de Lando. Que el indio trepaba, trepaban ellos; que bajaba, descendían ellos. Se fue el sol, cansado de tanta odisea, pero durante la noche siguió el juego y se buscaron y se esquivaron. Al amanecer Lando distinguió el fin de las montañas y el desierto inacabable que le esperaba más allá. Con una última pirueta en el vacío se libró de la ciudadela rocosa. Desde lo alto, los tres blancos advirtieron la maniobra. Por el desierto sin caminos echó a correr Lando, sin pensar en el sol que no tardaría en volver a la carga, ni en la distancia que cansaría sus miembros, ni en los otros desiertos que le aguardaban a lo lejos. Un cóndor se sumó a la persecución. Un pájaro de cuello azul y flexible como una serpiente. Estuvo revoloteando un rato sobre los perseguidores y luego se fue tras el fugitivo, y al descender sobre él desplegó parsimoniosamente las alas, en un arrebató de coquetería. Lando trató de mantener el paso al vuelo lento de aquel cóndor desterrado de las montañas, para aprovechar la sombra que despedía en su desplazamiento. Pero la carroñera no se dejó engañar con semejante treta y emborrachándose con la velocidad se precipitó hacia el horizonte para esperar a su víctima en una esquina del desierto. El sol jugó su baza. Como ayer, achicharrar era su propósito. Como ayer, jugó a ser horno, hoguera sin humo e incendio sin llamas. Contagió su fuego a todos los granitos de arena que fueron soles durante un momento. Su aliento tórrido secó los cuerpos de los hombres, arrebatándoles la poca saliva que les quedaba. Volviendo la cabeza, Lando vio a sus empecinados perseguidores, tan sólo cincuenta metros a sus espaldas, pero acabados, derrengados, rendidos por el sol, igual que él, sí, exactamente igual que él, víctimas todos de un mismo calvario. Así que ahora la persecución había devenido un continuo arrastrar de pies, un "corre que no te pilló", una maratón de caracoles. Si los cazadores aceleraban el

paso, imitábales el perseguido, manteniendo la distancia. Cuando aquéllos disminuían el ritmo, también Lando aflojaba el suyo. Con el sol en lo alto, los tres blancos se dejaron caer al suelo, incapaces de seguir adelante, repartiéndose la mísera sombra de un cactus. Lando se sentó a su vez para recuperar fuerzas. Cincuenta metros más allá los hombres jugaron a las cartas, sin perderle de vista. Cincuenta metros más acá Lando los observaba jugar, alerta. Ignoraba que se estaban jugando la recompensa que ofrecían por su cabeza. De ese modo se animaban. Se animaron tanto que dos de ellos disputaron a causa del juego. El indio asistió a una breve reyerta, un brazo en el aire, una barba que se abría para dejar paso a un juramento, la piedra y luego el cráneo abierto con su reguero de sangre. Una hora después, recobrado el ánimo, se reanudó la persecución con una carrera pasmosa, pero que duró poco. Lando supo mantenerlos a raya. De nuevo aminoraron la marcha. Allá arriba, el sol reunió todas sus fuerzas para acabar con ellos antes de que expirara su plazo de rotación. Abrumados ante el enemigo común, perseguidores y perseguido se decidieron a descansar. El cóndor, harto de esperar, hizo acto de presencia y se acercó a Lando, dándole por muerto. A pasitos se arrimó, atrevido por el ayuno. El indio esperó a tenerlo a tiro y entonces le propinó una patada que el pájaro esquivó, no sin perder una de sus plumas. El cóndor remontó el vuelo, llevándose el miedo en sus ojos redondos. Volvería a las montañas, donde los cadáveres no oponían resistencia. Los dos blancos persiguieron a Lando durante un rato más, pero al final acabaron desistiendo. Ahora, ¿dónde quedaban las montañas? ¡Qué no darían por un caballo, por una jarra de cerveza fresca que aliviara los labios resecaos y cuarteados! Pero la cerveza quedaba lejos, muy lejos. Y el indio aquel, infatigable, inalcanzable. Y aquel sol garrapata que lo quería todo, como

queriendo vengarse de ciertos desdenes sufridos. Lando se detuvo cuando los dos perseguidores le dieron la espalda y se alejaron arrastrando los pies. El piel roja se derrumbó en el suelo y sus dedos jugaron con la arena, sin saber que jugaban. Un respiro de alivio recorrió su cuerpo como un calambre. La imaginación le gastó la broma pesada de recordarle la existencia del agua fresca que anhela todo sediento. Para librarse de aquel espejismo doloroso, pensó con todas sus fuerzas en aquella joven que le había entregado su cuerpo tras un breve escarceo amoroso, y cómo él había tomado aquel cuerpo, como había tomado otros, obedeciendo a una ley poderosa que llevaba dentro. Y luego, sin venir a cuento, se encontró recordando su vida, cómo había luchado contra los blancos, y contra sus hermanos los indios, contra las alimañas y contra todos a un tiempo. Los desatinos y casualidades que habían fraguado su destino. Cómo la vida le había enseñado a sobrevivir, maldita sea, sólo a sobrevivir. Cómo había sido crótalo entre los crótalos y hombre entre los hombres y la poca diferencia que había encontrado entre unos y otros. Cómo le habían enseñado a ser callado y a soportar los golpes; a meditar la venganza, pero no a efectuarla. Cómo de chico le habían envilecido; estorbo de unos, fiera para otros, molestia de todos. Una vida de espinazo inclinado, sin ley ni dios, sin nada salvo el sufrimiento. Las veces que le humillaron y humillaron a sus hermanos, y luego a los hermanos de sus hermanos. Todos los gritos que se le quedaron dentro. No uno, sino cientos de gritos sofocados. Lo que pasó por querer mirar al mundo cara a cara, con ojos que no saben de la tregua del parpadeo. La espalda corcovada, enseñoreada por la giba de la sumisión. Ese cuerpo arrugado de acordeón, no tocado, sino oprimido. Sus manos, aquellas heridas heridas, y sus pies, hechos para huir lejos, siempre lejos, pero nunca lo bastante lejos. Esa

carne, modelada a base de costurones y cicatrices, diana de balas en un concurso de tiro. Pobre, miserable, ultrajado cuerpo que era cuanto tenía. Y allí dentro, emparedado en el pecho, su corazón, eterno conejo asustado, nutrido con las zanahorias del miedo.

Lando se incorporó. Mostró al sol sus dientes mellados y un rugido se le escapó de dentro. Una vez más miró a los hombres, que habían abandonado la caza y se alejaban despacio, arrastrando los pies, y después miró hacia el otro lado, el desierto, la posibilidad y acaso la sombra de un oasis, la esperanza. Titubeó. Labios en movimiento hacia un sí o hacia un no. Moneda en el aire indecisa entre cara y cruz. Luego, apretando los puños, echó a andar tras de los hombres. Éstos se volvieron un momento, intercambiando una mirada de sorpresa, y a continuación, otra de espanto.

La persecución continuaba...

Enrique Sánchez Abulí